

No. 3.

Salvador Sánchez Trujadela



324050



IN VERITATE
LIBERTAS

UNIVERSIDAD SAN PABLO CEU
BIBLIOTECA
GIL MUNILLA

A. 256 896

GM/333

320
¡CUIDADO CON LAS NOVIAS!

6

LA ESCUELA DE LOS JÓVENES.

COMEDIA EN CINCO ACTOS, EN VERSO,

POR

D. ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

Antonio Gomez

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1829.

PERSONAS.

Don Cándido.

Don Enrique.

Don Justo.

Don Meliton.

Don Silverio.

Don Gestas.

Doña Engracia.

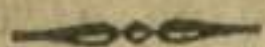
Doña Isabel.

Doña Inés.

Un criado.

*La escena se figura en Madrid en
sa de Doña Engracia.*

ACTO PRIMERO.



ESCENA PRIMERA.

DON CÁNDIDO y DON JUSTO.

Justo. Sí, amigo, debeis salir
sin mas tardar de esta casa.

Cánd. ¿No veis que eso fuera hacer
un desaire á Doña Engracia?

Jus. ¿Qué importa, si vuestro honor,
si vuestro interés lo mandan?

Cánd. El honor, Señor Don Justo,
la ingratitude no me manda.

Jus. Manda, sí, que os alejeis
cuanto antes de una morada
peligrosa, donde albergan
la corrupcion y la infamia.

Cánd. ¡La infamia!... ¿Que asi ultrajeis
la virtud acrisolada
de una familia que tanto
me favorece?

Jus. La incauta
juventud siempre se deja
alucinar por las vanas
apariencias de virtud
con que el vicio se enmascara.
Juzgando solo por ellas,
no hay duda que en Doña Engracia
hallareis una señora
de apreciables circunstancias.

En sus modales demuestra
finura y buena crianza;
el lujo unido al buen gusto
se ven reinar en su casa;
y en todo de noble, rica
y generosa hace gala.

Pero si por el reverso
examinais la medalla,
conocereis que tan fina
política es estudiada,
hija de un arte perverso,
con que seduce y engaña;
que aquel escesivo lujo
que exige riquezas tantas,
se sostiene únicamente
con el juego y con la trampa;
que su generosidad
es tan solo limitada
al que podrá con usura
un dia recompensarla;
y en fin, que es una muger
intrigante, en cuya casa
se pierden bienes y honor,
y se adquiere solo infamia.

Cánd. ¡Qué idea de esa señora
teneis tan equivocada!

¿No sabeis que su marido,
Don Eugenio de Peralta,
la ha dejado con su muerte
una herencia dilatada?

¿Qué extraño es, pues, que sostenga
con tal decencia su casa?

Es sensible y bondadosa;
y si no ved lo que acaba

de hacer con sus dos sobrinos.

Muerto su padre, quedaban pobres y desamparados.

Escribieron su desgracia á su tia, y ella al punto dispuso que sin tardanza á Madrid se trasladasen, donde cual hijos los trata.

Y yo, que soy un extraño que no la intereso en nada, ¿no la debo mil favores?

Cuando supo que pensaba tambien venir á la Corte, me ofreció atenta su casa; y desde que estoy en ella la debo finezas tantas, que el corresponderla mal fuera una accion muy villana.

Jus. No es oro cuanto reluce.

La suerte con mano franca os prodiga los favores de que mas se muestra avara.

Hijo único de una viuda, que solo en vos idolatra, disponeis á vuestro arbitrio de haciendas pingües y vastas.

Doña Engracia no lo ignora: ¿quién sabe las esperanzas que puede con tal motivo alimentar en el alma?

Cánd. Esa es cavilosidad.

Jus. Bien puede; mas no me agrada esa señora, y aun menos las gentes con quienes trata.

Aqui solamente veo
 tahures y cortesanas;
 hombres que ocultan su vida
 porque estan llenos de trampas;
 mugeres que hacen la suya
 tan pública, que la fama
 por todo Madrid pregona
 sus aventuras estrañas;
 gentes, en fin..

Cánd. Yo tan solo
 con Don Meliton de Lara
 tengo alguna intimidad.
 Es sugeto de muy vasta
 instruccion, de gran talento,
 de virtud acrisolada
 y de escelentes costumbres.

Fus. Pues para mí tiene trazas
 del mas completo bribon.
 Eso sí, buenas palabras,
 besamanos, cortesías,
 abrazos nunca le faltan;
 pero sus finos modales
 solamente son la capa
 con que oculta diestramente
 su iniquidad y sus tramas.
 La risa siempre en los labios
 y la traicion en el alma,
 al paso que os acaricia
 vuestra pérdida prepara.
 Unas veces lisonjero
 mil prendas en vos alaba,
 y otras, al contrario, suele
 reprenderos leves faltas
 con aparente franqueza;

porque sabe que le ganan
 las alabanzas dinero,
 las reprensiones confianza,
 Es cierto que de virtud
 á cada momento os habla;
 pero mejor fuera que
 callase y la practicara;
 pues quien mas se jacta de ella
 suele ser quien mas la ultraja.

Cánd. No, yo no puedo creer
 en Don Meliton un alma
 tan perversa: sin embargo,
 la mia no está cerrada
 á vuestros sabios consejos.
 Conozco la amistad rara
 que os merece mi familia:
 sé que de ella teneis dadas
 pruebas, que mi gratitud
 y mi respeto reclaman.
 Por esto quiso primero
 mi madre que á vuestra casa
 fuera á vivir, y la ley
 me impuso de que escuchara
 en todo vuestros avisos.
 Si prefiero esta morada,
 el habitar Don Enrique
 en ella solo es la causa.
 Ya sabeis que estrechamente
 desde la mas tierna infancia
 me une con él la amistad.

Fus. Y sé tambien que su hermana
 otros afectos mas dulces
 os inspira; que la llama
 de un mútuo amor arde en vuestros

corazones; y las gracias
y virtud de Doña Inés
á vuestra madre la encantan
de tal modo, que desea
verla con vos enlazada.

Feliz sereis en union
tan bella, si no contagian
un alma inocente y pura
los ejemplos de esta casa.

Cánd. Luego ¿por qué no decis
á Enrique tambien que salga
de ella?

Jus. Porque de su tia
depende, y fuera sobrada
oficiosidad en mí
entrómeterme en la casa
de otro; ademas que Don Enrique
puede sin riesgo habitarla:
tiene juicio y sensatez,
y estas prendas harán vanas
las sugestiones del vicio
y las viles asechanzas
de los perversos; en fin,
es pobre y con esto basta;
pues del pobre huyen mil riesgos
que al rico do quier asaltan.
Pero aqui viene.

ESCENA II.

Dichos, DON ENRIQUE y DOÑA INÉS.

Jus. Llegais
en ocasion que se estaba

hablando de vos.

Inés. ¡Oh! Pues

no interrumpa la llegada
nuestra esa conversacion.

Gusto saber qué es lo que hablan
de nosotros dos amigos.

Fus. Apreciamos en el alma

ese título; mas hay *(mirando á D. Cánd.)*
quien otro mas dulce aguarda.

Inés. ¡Ay! En otro tiempo sí;
pero ya...

Cánd. ¿Os he dado causa
para dudar de mi fé?

Inés. ¡Si solo en dudas quedára!

Cánd. ¡Qué injusticia!

Inés. Ayer os ví

en conversacion muy larga
con mi prima.

Cánd. ¿Pues acaso
os causa recelo?

Inés. Nada.

¿A mí qué se me da de eso?

Cánd. Por atencion cortesana
la hablé y no mas.

Inés. Atencion

que para vos es muy grata.

Y si he de decir verdad,

haceis muy bien en amarla:

es muchacha muy completa,

habla mucho y con palabras

tan cultas... Sus ademanes

son tan lindos... Luego canta

al piano, baila muy bien,

¡y yo de eso no sé nada!

Cánd. Confieso que me entretienen
su habilidad y sus gracias;
mas no pasa de eso.

Inés. ¡Ay! desde
que estamos en esta casa
no es ya vuestro corazón
el mismo que antes... ¡Mal haya
Madrid, amen!

Enr. ¡Ojalá
nunca nuestros pies hollaran
esta tierra corrompida!

Jus. Pues bien, amigos, dejadla,
y volved de vuestro pueblo
á la tranquila morada.

Alli tambien, es muy cierto,
os perseguirá la infamia
de los hombres; pues ¿adónde
su negro influjo no alcanza?
Pero con la que aqui reina
es nada, si se compara.

Enr. ¡Qué maldad! ¡Qué hipocresía!

Hombres veo que se abrazan
con el mas cordial afecto;
y apenas vuelven la espalda
los elogios se convierten
en dicterios. Todos hablan
de probidad, de honradez;
pero al mismo tiempo ultrajan
las virtudes que su lengua
enfáticamente ensalza.

¡Ah! Don Justo, en tanto riesgo
nuestra juventud reclama
vuestra esperiencia.

Jus. Os la ofrezco.

Vos meditad mis palabras,
y ved que si no seguís
mi consejo os amenazan
mil males... á Dios, amiga;
de vuestro lado me apartan
mis deberes, nos veremos
este anochecer sin falta.

Inés. Y yo me marchó allá dentro.

Cánd. Pues á Dios, Inés amada. *(vânse Doña
Inés y D. Jus.)*

ESCENA III.

DON CÁNDIDO y DON ENRIQUE.

Enr. ¡Qué buen sugeto!

Cánd. Sí, pero

con sus sermones me cansa.

Enr. Si con prudentes consejos

te reprende algunas faltas

tu interés solo le mueve.

Cánd. ¡Qué diablos! Nada le agrada.

ESCENA IV.

Dichos y DON MELITON.

Mel. Buenos dias, caballeros.

Cánd. Ah, Don Meliton, estaba
ya deseoso de veros.

Mel. Disimulad mi tardanza.

La ha motivado un antiguo
amigo, á quien la desgracia
ha sumido en la miseria.

Su situacion tan amarga

me ha movido á compasion,
y en lo que mi suerte escasa
permite, lo he socorrido.

Cánd. Los infelices siempre hallan
en vos un seguro amparo.

Mel. ¡Es tan grato para mi alma
el hacer bien! — Mas no hablemos
de esto, porque no me agrada
recordar mis beneficios.

Enr. ¡Qué hipócrita!

(*apárte*)

Mel. ¿En esta casa
todos estan buenos?

Cánd. Todos
gozan de salud lozana.

Mel. Don Enrique, yo os saludo.

Enr. Y yo á vos.

(*con frialdad*)

Mel. (¡Tengo una rabia
con este hombre!) — Ya sabeis
que soy vuestro amigo.

(*aparte*)

Enr. Gracias.

Mel. Sin embargo, estoy quejoso
de vos.

Enr. ¿De mí? ¿Por qué causa?

Mel. Porque estais siempre conmigo
tan sério... Es cosa muy rara
que uniéndome la amistad
con Don Cándido, negada
me sea la vuestra.

Enr. Señor,
no es mi condicion tan franca
que en un dia adquiriera amigos.

Mel. Pero con gentes honradas...

Enr. Todos los que lo parecen
no siempre lo son.

Mel. ¡ Bobada!

Pero hablando de otra cosa:

Don Cándido, esta mañana

habeis de venir conmigo .

á visitar una casa

en donde tendreis el gusto

de ver dos lindas muchachas.

Cánd. ¿ Podrá venir con nosotros

Don Enrique?

Mel. Si os agrada,

que venga... Mas Don Silverio

y otro amigo nos aguardan,

y ya tantos...

Enr. Yo tampoco

fuera aunque quisiérais. Vaya

Don Cándido solo á ver

esas dos lindas muchachas,

que yo tengo ocupaciones

mas útiles que me aguardan.

(váse)

ESCENA V.

DON CÁNDIDO y DON MELITON.

Mel. Vaya, que este Don Enrique

tiene un lenguaje que pasma.

¡ Qué libertades se toma!

Cánd. Como desde nuestra infancia

nos hemos criado juntos...

Mel. Bueno; mas pasa de raya

tal gruñir y molestar;

y en vos me admira ya tanta

condescendencia.

Cánd. Preciso

es conocer que me gana
en juicio y talento.

Mel. Pienso,
sin embargo, que esa causa
tan solo no es la que él tiene
para cobrar tantas alas.

Cánd. Pues ? cuál otra imagináis ?

Mel. Me engañaré; mas su hermana
es linda y quizá el amor...

Cánd. Sí, la quiero y ella me ama.

Mel. ? Y sin duda esa pasión
llegará á ser coronada
con el santo matrimonio ?

Cánd. Al menos esa esperanza
vive en Inés.

Mel. Bien está;
pues es gusto vuestro, nada
tengo que decir.

Cánd. ? Acaso
esta boda no os agrada ?

Mel. ¡Ay amigo! Este es un punto
harto delicado para
dar consejos.

Cánd. ? Opinais
fuera mejor me casara
con alguna señorita
de la Corte ?

Mel. Es cosa clara
que hallareis aqui partidos
que os ofrezcan mas ventajas.

Cánd. La verdad, desde que estoy
en Madrid no tengo tanta
inclinacion á esta boda.

Mel. Sí, debeis abandonarla.

Mas aquí viene el alegre (se oye dentro á D.
 Don Silverio, la elegancia *Silv. tararear un*
 en persona. Petimetre *aria italiana)*
 mas querido de las damas
 no se pasea en Madrid.

ESCENA VI.

Dichos y DON SILVERIO.

Silv. Amigos, hoy broma larga
 vamos á tener. Ya traigo
 formado el plan. La mañana
 en casa de unas amigas
 alegres, buenas muchachas,
 muy lindas, que estan en moda,
 y es preciso visitarlas.

Comerémos en la fonda,
 veremos la *Gazza Ladra*,
 y para acabar el dia
 armarémos una banca
 entre cinco ó seis amigos.
 Unos pierden, otros ganan;
 pero todo alegremente;
 y á las tres á nuestras casas.

Mel. ¡Famoso plan!

Silv. ¡Ay! así

no permite la elegancia
 que os presentéis. ¡Con levita!
 ¡Qué dirían esas damas!

Cánd. Pues bien, con vuestro permiso
 voime á mudar sin tardanza.

Silv. Id, mas no os apresureis:
 hasta la una y media dada
 tiempo tenemos. (váse D. Cánd.)

ESCENA VII.

DON MELITON y DON SILVERIO.

Silv. Amigo,
buena vida.

Mel. Mientras haya
bobos que hicieren el gasto
¿qué otra queremos?

Silv. Gran falta
nos hacia á la verdad
este Don Cándido.

Mel. ¡Y tanta!
pues yo, amigo, me veía
apuradillo.

Silv. Y yo estaba
casi á la cuarta pregunta.
En fin, saldremos de trampas.

Mel. Tendremos dinero largo...

Silv. Habrá comidas, jaranas...

Mel. Caballos y carretela...

Silv. Mucho juego...

Mel. ¡Qué baraja
tan primorosa he dispuesto!
Golpe seguro.

Silv. Me escarba,
sin embargo, la conciencia...

Mel. ¡Qué escrúpulos! ¿No reparas
que un necio es el patrimonio
del que vive de la trampa?

Silv. Tienes razon; Y que necio
es Don Cándido!

Mel. Pues ¡guarda!

que ese necio va á soplarte,
si te descuidas, la dama.

Silv. ¿Isabelita?

Mel. La misma.

Silv. No puede ser, ella me ama.

Mel. El oro vence al amor;
y apuesto á que Doña Engracia
trata ya de ver si puede
con Don Cándido casarla.

Silv. ¿De qué lo infieres?

Mel. Para ella
esta boda es mucha ganga.
Con sus locuras y escesos
está del todo arruinada;
y puede evitar así
la miseria que le aguarda.

Silv. Es verdad... Pues es preciso
que deshagamos sus tramas.

Mel. Sí; mas dañarnos pudiera.
La Doña Engracia es taimada.

Silv. ¿Que haré, pues?

Mel. ¿Tanto te duele
el perder á esa muchacha?

Silv. ¿Dolerme?... Mal me conoces.
Pues ¿por ventura mi facha
es de un amante lloron?

Mel. ¿Entonces, en qué te paras?
Aqui lo que hacer debemos
es sacar cuantas ventajas
nuestra situacion ofrece.
Tú sigue con la muchacha
como hasta aqui.

Silv. Seguiré.

Mel. Yo por mi parte con maña

procuraré conocer
 las miras de Doña Engracia;
 y si por ventura en ellas
 nos conviniere auxiliarla,
 la auxiliaremos.

Silv. Y entonces
 ¿tocaré yo retirada?

Mel. Sí, pero capitulando.

Silv. Capitularé.

Mel. Se trata
 de comer á dos carrillos
 y chupar de todos.

Silv. Vaya,
 es grande idea: al café
 vámonos á celebrarla.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ENGRACIA *sola.*

Don Cándido no ha salido
 aun de su cuarto: me es fuerza
 hablarle, y aqui le espero.
 He andado bastante lerda
 hasta ahora en la ejecucion
 de mi proyecto; mas esta
 boda conviene á Isabel,
 y es preciso ver si pega.

ESCENA II.

Dicha y DON MELITON.

Mel. Dios os guarde, Doña Engracia.

Eng. ¿A dónde vais, buena pieza?

Mel. En busca de vuestro huésped.

Eng. Siempre con él.

Mel. Una estrecha

amistad nos une á entrambos.

Eng. Ya lo sé. ¿Con qué presteza
 su amistad habeis logrado!

Mel. Cada uno, amiga, se ingenia
 como puede.

Eng. Y vos lo haceis
 siempre muy bien.

Mel. De manera
que si me dais el ejemplo...

Eng. ¿Cómo?

Mel. Hablemos con franqueza.

¿Cuándo es la boda?

Eng. ¿Qué boda?

Mel. ¿Os quereis hacer de nuevas?

La de Isabel vuestra hija
con Don Cándido.

Eng. Usted sueña.

Mel. Pues qué, ¿no habeis ya formado,
segun la costumbre vuestra
cuando en esta casa un jóven
noble y rico se presenta,
el proyecto de enlazarlos
á los dos?

Eng. Y aunque eso fuera,
¿qué es lo que encontráis en ello
que vituperarse deba?

Mel. ¡Oh! nada; y antes alabo
vuestras honradas ideas.

Eng. Ya se vé que son honradas.
¿Asi lo fuesen las vuestras!

Mel. Pues yo ¿qué?...

Eng. Desde que os une
con Don Cándido esa estrecha
amistad ¿teneis dinero?

Mel. Siempre en la misma pobreza.

Eng. ¿No le habeis sacado nada?

Mel. No.

Eng. ¿Nada?

Mel. Una friolera.

Eng. Pues yo haré que muy en breve
se os acabe esa prebenda.

Mel. ¿ Y cómo ?

Eng. Desengañando
á Don Cándido.

Mel. Es empresa

para vos algo arriesgada,
y quizá sereis quien pierda;
pues creed que por mi parte
no me morderé la lengua.

Eng. Es que yo tengo de vos
noticias largas y ciertas.

Mel. Y yo de vos igualmente

las tengo largas y buenas,
y haré que las sepa todas
Don Cándido por mi lengua.

Si teneis de una gran dama
á sus ojos la apariencia,

muy pronto os despojaré
de ese oropel que os rodea,
diciéndole no contais

mas bienes que lo que dejan
debajo del candelero

los que en vuestra casa juegan.

Le advertiré que el objeto
de las atenciones vuestras

es inducirle á que cargue
con Isabel, que es gran plepa,

dándole en lugar de dote
cien acreedores con ella.

Añadiré...

Eng. Yo tambien

contaré vuestras proezas.

Diré que sois el tunante

mayor que pisa la tierra;

que para intrigas y estafas

no os gana nadie en destreza;
que solamente vivis
de la embrolla; que toda esa
amistad que le mostrais
es tan solo una apariencia
con la mira de sacarle
su dinero; haré que vea...

Mel. Basta: inútil es gastemos
el tiempo en decirnos nuestras
verdades: pues mutuamente
nos conocemos, la ofensa
que el uno causare al otro
puede á su autor ser funesta.
Perjudicarnos los dos
ya veis que fuera imprudencia.
Creedme, pues, lo que exige
nuestra mutua conveniencia
es que en esta circunstancia
nos unamos.

Eng. Si supiera
hallar en vos buena fé...

Mel. Mi interés está en tenerla.
Y para alejar de vos
toda causa de sospecha,
desde este momento tomo
vuestro asunto por mi cuenta.

Eng. ¿Pensais se conseguirá?

Mel. Me agravia la duda vuestra.
El Don Cándido es un niño
sin maldita la esperiencia
que hace cuanto yo le digo.

Eng. Lo que me trae algo inquieta
es su amor por mi sobrina.

Mel. Lo ha tenido; mas ya empieza

á entibiarse. Isabel viene.
Hacedle alguna advertencia.

ESCENA III.

Dichos y DOÑA ISABEL.

Isab. Madre, ¿os parece que así
estoy bien?

Eng. Esta cabeza
está con muy poca gracia;
y estas cintas ¡qué mal puestas!
Estás ahora en la edad
de agradar: tú no eres fea;
pero no basta: los hombres
has de saber que se prendan
de apariencias y artificios
aun mas que de la belleza.

Isab. ¡Qué vestido tan precioso
llevaba ayer la Emeteria!
¡Tuve una envidia! Es preciso
que en otro baile me vean
con uno mucho mejor.

Eng. Sí; pero advierte que cuesta
un sentido.

Isab. ¿Ha de ser otra
mas que yo?

Eng. Es que mis fuerzas
no alcanzan á tanto; pues
estamos casi por puertas.
Y á no ser porque me ingenio...
Luego el gasto que acarrean
los huéspedes que tenemos...
Yo les dije que vinieran

por cumplir; y ellos al punto
sin mas ni mas... Si no fuera
porque ha venido con ellos
Don Cándido... Dí ¿qué piensas
de ese Don Cándido?

Isab. ¿Yo?
¿Que hé de pensar?

Eng. Su presencia
¿no es verdad que es muy gallarda?

Isab. Sí por cierto.

Eng. Tiene buena
educacion.

Mel. Es garboso.

Eng. Tiene talento.

Mel. Y riquezas.

Eng. La que llegue á ser su esposa
estará como una Reina.

Isab. ¿Y á qué viene?...

Mel. Señorita,
en dos palabras; si acerca
de Don Cándido os hablamos
de esta suerte, es porque intenta
vuestra madre que os caseis
con él.

Eng. Pues: esa es mi idea.

Isab. ¿Me ha pedido acaso?

Eng. No,
mas de tí pende el que seas
su esposa.

Isab. ¿Cómo?

Mel. Teneis
juventud, gracia, belleza.
Haced brillar á sus ojos
tantas seductoras prendas,

y en breve conseguireis
que su corazon se encienda
en fuego de amor.

Isab. Ya estoy:
no es muy dificil la empresa.

Eng. No por cierto, y aunque logre
resistir á tu belleza,
artes hay con que el amor
rinda el alma mas soberbia.

Isab. ¡Oh! descuidad, que yo soy
en tales artes maestra.

No siempre me habrá de ver
vivaracha y placentera
sazonando mis discursos
con donaires y agudezas:
con él es bueno hacer gala
de sencillez y modestia,
dándome tambien un aire
como de sensible y tierna.

A las veces pensativa
aparentaré tristeza;
y cuando quiera saber
cuál la causa es de mi pena,
decirla resistiré;

mas mirándole muy tierna,
dejaré lea en los ojos
lo que calla la vergüenza.

Si es tímido en declararse,
con sonrisa lisongera
alentaré su valor,
y cuando por fin se atreva,
me haré la recatadita,
le mostraré indiferencia,
y hasta le regañaré;

mas pasará la tormenta
y cederé... lo que baste
para hacer que mas se encienda.

Eng. ¡Jesus, y qué hija tengo!

Bendita, bendita seas.

ESCENA IV.

Dichos y un CRIADO.

Criado. Señora, vuestro vecino
Don Fausto Perez desea
hablaros.

Eng. Ya me imagino
lo que querrá. Sus ideas
favorecen mis intentos;
pues parece que desea
unirse á Inés, convendrá
me ayudeis en esta empresa.
Tú, Isabel, quédate aquí,
que pronto daré la vuelta. *(váse y D. Mel.)*

ESCENA V.

DOÑA ISABEL sola.

Pues, señor, la situación
exige maña y destreza.

Pero ¿qué dirá mi amante
Don Silverio cuando sepa
que solicito otro novio?

Toma, diga lo que quiera.

Por él no he de perder yo;
y si lo siente, paciencia.

ESCENA VI.

DOÑA ISABEL y DON SILVERIO.

Silv. Dueño mio, ¡cuanto ansiaba!..

Pero ¡oh cielos! ¡que sorpresa!

Isab. ¿Qué teneis?

Silv. Me ha deslumbrado

el resplandor de esa estrella.

Isab. ¡Qué gracia! La estrella os dice

que os quiteis de su presencia.

Silv. ¿Es hoy dia de rigores?

Isab. Ahora no estoy para fiestas.

Idos.

Silv. Pero...

Isab. ¿A qué aguardais?

¿No habeis oido?

Silv. Quisiera

saber por qué...

Isab. Yo no tengo

que daros ninguna cuenta.

Lo quiero, y con esto basta.

Silv. Pues á Dios, ingrata, fiera:

voy á llorar de mi amor

la desgracia.

Isab. ¡Qué simpleza!

¿Quién os dice que no os amo?

Silv. El despedirme es la prueba.

Isab. Es que me estorbais aqui.

Silv. Si me quisiéseis de veras...

Isab. Amiguito, hablemos claros:

vuestra agraciada presencia,

vuestra elegancia me gustan;

mas teneis pocas pesetas,
y aunque haceis muy buen galan,
sois un galan muy á secas.

Silv. El amor suple por todo.

Isab. Dejaos de esas tonteras;
y sabed que tengo ya
novio con mas conveniencias.

Silv. ¿Será Don Cándido?

Isab. El mismo.

Silv. ¡Aleve!

Isab. Tened paciencia.

Yo lo que quiero es casarme.

Silv. (Pues, señor, la hora es esta *(aparte)*
de capitular.) ¡Ingrata!

¿Con que renunciar es fuerza
á una pasion tan antigua,
y que pensé fuera eterna?

Isab. ¡Cómo ha de ser! Yo lo siento.

Silv. ¿Esta es, pues, la recompensa
de dos meses de constancia?

Despues de hacer la fineza

de sacrificaros tres,

y entre ellas á Doña Alberta,

que aunque vieja, al fin sudaba,

y era una mina. Con ella

estaba yo como el pez

en el agua. Ya miserias

me quedan solo y trabajos.

Bien dicen que una alma tierna

es un don funesto.

Isab. (El pobre *(aparte)*

me enternece.) No os dé pena

por nada de eso. Sabeis

que Don Cándido os aprecia,

y sereis siempre el amigo
de la casa.

Silv. Eso consuela
mi corazon. ¿Es decir
que entraré en la casa vuestra?

Isab. Por de contado.

Silv. ¿Podré
disfrutar de vuestra mesa?

Isab. Siempre que gustéis.

Silv. Si dais
alguna funcion...

Isab. A ella
asistireis.

Silv. Y podré,
si os parece, disponerla.

Isab. ¡Ah! sí, pues sé que teneis
buen gusto.

Silv. Ello sí, las cuentas
suelen subir, mas en ésto
lucir es lo que interesa.

Isab. Tambien cuando necesite
comprar diamantes y perlas,
muebles, vestidos, encajes,
y otras varias frioleras
de lujo, os daré el encargo.

Silv. ¡Ah! Pues con esa promesa
no quiero mas. Id, amiga,
id cuanto antes á la Iglesia.
Yo mismo seré el padrino.
¿Y está la boda compuesta?

Isab. Falta decidir al novio.

Silv. ¿No mas? Es parva materia.
Pues, señora, si yo puedo
ser útil para que tenga

un pronto éxito , mandad.

Isab. A Don Cándido hablad de ella,
y si tiene algunas dudas
haced que se desvanezcan.

Silv. Ya se vé que le hablaré.
Y le casaré por fuerza
si no quisiere de grado.

Isab. No conviene que nos vean.
Marchaos de aqui.

Silv. Pues á Dios,
Isabel bella y discreta.

(vase)

ESCENA VII.

DOÑ ISABEL, DOÑA ENGRACIA y DON MELITON.

Eng. ¿Qué es esto? ¿No es Don Silverio?
¿Qué hacia aqui ese tronera?

Isab. Vino á hablarme de su amor,
y le he dado su licencia
absoluta.

Eng. Es que ¡cuidado!
Que aunque por condescendencia
le he tolerado hasta aqui,
no quiero que á hablarte vuelva.

ESCENA VIII.

Dichos y DON CÁNDIDO *elegantemente vestido.*

Cánd. Señoras, á vuestros pies.

Eng. Mil veces bendita sea
la madre que ha dado á luz
tal hijo. Ved qué presencia

tan hermosa.

Mel. ¡Qué buen gusto
en el vestir!

Eng. ¡Qué nobleza,
y qué garbo al mismo tiempo!

Cánd. ¡Ah! señora: me avergüenza
tanto elogio.

Eng. ¿Os han gustado
los bollitos de manteca
que os han dado en el almuerzo?

Cánd. Sí, señora.

Eng. Yo quisiera
daros gusto en todas cosas.

Cánd. Aprecio tantas finezas.

ESCENA IX.

Dichos y DON GESTAS.

Gest. Deo gracias.

Eng. ¿Quién es? ¡Ay Dios! (bajo)
Don Meliton, que es Don Gestas,
de todos mis acreedores
el mas tirano.

Mel. Pues llega
por cierto á buena ocasion.

Gest. Señora, á las plantas vuestras.

Eng. Bésoos la mano. (¡Maldito!) (aparte)

Gest. Pasaba por aqui cerca
casualmente, y viéndome,
como quien dice, á las puertas
de vuestra casa, he creído
que haceros una pequeña
visita era obligacion.

de quien os ama y respeta.

Eng. Mil gracias por el favor.

(¡Ojalá nunca te viera!)

(aparte)

Gest. Siempre tengo muy presentes

á mis amigas; y entre ellas

á Doña Engracia Godinez,

á la cual sobremanera

apreciō, y... ahora vengo

á recordaros aquella...

Mel. Basta ya de cumplimientos.

¿Cómo va de salud?

Gest. Buena,

á Dios gracias; y á no ser

por que me di en esta pierna

dias atrás un porrazo...

Eng. ¡Asi las dos te rompieras!

(aparte)

Gest. ¡Ya se vé! Como ando siempre

subiendo tanta escalera...

Con que, señora...

Mel. ¡Y estais

asi en pie! Sentaos en esta

silla.

Gest. No, me marchó al punto,

pues tengo mil diligencias

que hacer, y si esta señora

me despacha...

Mel. Y la parienta,

¿cómo está?

Gest. Gorda y rolliza.

Señora, si usted pudiera...

Mel. ¿Los niños siempre tan guapos?

Gest. Jugando que se las pelan.

Si tuviéseis proporcion...

Mel. Mirad, quierō en estas ferias

comprarles á cada uno
un coche y una muñeca.

Gest. Ellos lo agradecerán.

Señora...

Mel. ¿Y aquella perra
tan bonita?

Gest. Se murió.

(Vaya que el hombre está pelma.) (aparte)

Señora...

Mel. ¡Cuánto lo siento!

Gest. (Eres tú mas perro que ella.)

Señora...

Mel. Con que amiguito,
ya que tantas diligencias

teneis que hacer, no os queremos

detener: la complacencia

hemos tenido de veros:

con que así...

Gest. ¡Pues esta es buena!

No, no, ya me marcharé

luego que me haya dado esta

señora...

Mel. Tambien nosotros

estamos algo de priesa,

y tenemos que salir.

Perdonadnos la franqueza,

pero...

Gest. Pues mas prisa tengo

por cobrar lo que me adeuda

esta señora, y...

Mel. ¡Jesus!

¿Ahora nos salis con esa?

¿No es bastante que confiese?...

Gest. Lo que basta es mi paciencia;

y basta tambien de excusas,
de mentiras y de tretas
para retardar el pago.

Venga mi dinero, venga.

Mel. Callad.

Gest. No quiero callar.

Si hasta la última peseta
no se me paga ahora mismo,
al punto llevo mi queja,
y embargo sin remision.

Ya verán quien es Calleja.

Cánd. Pero, señores, ¿qué es esto?

Puede saberse...

Mel. (¡Qué idea!

(*aparte*)

Este tal vez...) Escuchad.

Esta señora se encuentra
en un apuro terrible.

Tiene una pequeña deuda
á favor de ese sugeto.

Ella pagarle desea;

mas ¡ya se vé! los atrasos
que ha padecido en sus rentas...

El caso es que en este instante

no tiene ni una peseta;

y ese malvado usurero
tiene un corazon de piedra,
mas duro...

Gest. Como que pido
mi dinero.

Cánd. ¡Ah! pues no fuera
justo que estando en su casa
yo, sufra que tal molestia
se le cause...

Eng. ¿Qué decis?

Cánd. Señora, que por mi cuenta
corre esa deuda.

Eng. ¡ Ah! no puedo
permitir...

Cánd. Esta pequeña
muestra de agradecimiento
os debo por las finezas
con que me honrais.

Eng. Advertid...

Cánd. Nada que advertir me queda.

Eng. Pues bien, ya que os empeñais...

Cánd. ¿ A cuánto asciende esa deuda?

Gest. A treinta onzas.

Cánd. Pues bien:

dispondré que hoy mismo os sean
pagadas.

Gest. Es que...

Cánd. ¿ Teneis
recelo de?...

Gest. ¡ Qué tontera!

yo ninguno. (Nada pierdo
con esperar: si no queda
pagada hoy la cantidad,
embargo.) A la orden vuestra.

(*aparte*)

(*váse*)

ESCENA X.

DON CÁNDIDO, DON MELITON, DOÑA ENGRA-
CIA y DOÑA ISABEL.

Mel. ¡ Ah! sensible y generoso
joven, ¡ cómo manifiesta
este rasgo la bondad
de vuestra alma! No perezcan

en vos esos sentimientos
y mi amistad será eterna.

Eng. Don Cándido, Dios os pague
tal favor, pues me liberta
de un grande apuro.

Cánd. Señora,
mas debo á quien me dispensa
tantas bondades.

Isab. Y yo
con mi deber no cumpliera,
Don Cándido, si no os diese
tambien mil gracias por vuestra
generosidad.

Cánd. Tan leve
servicio, hermosa Isabela,
no tiene mérito alguno;
mas si acaso le tuviera,
en vuestro agradecimiento
hallára su recompensa.

(¡Qué hermosa!)

Isab. Eso lo decis
por burla. ¡Quién os creyera!
¡Buenos sois todos los hombres!

Eng. ¡Qué conversacion es esa?
Dí, niña. ¡Ah, Don Meliton,
cuántos recelos asedian
mi corazon!

Mel. ¡Qué recelos!

Eng. Jóven, incauta y sincera,
de su pecho candoroso
la libertad se halla espuesta.

Isab. Pues, madre...

Eng. Vete de aqui. (vase Doña Isab.)
Don Cándido, muy grande era

mi alegría al ver en casa
 un jóven de vuestras prendas.
 El favor que me acabais
 de dispensar acrecienta
 mi estimacion por vos; pero
 Dios no permita que tenga
 que arrenpentirme algun dia
 de mis servicios, ni sean
 para mí vuestros favores
 causa de llanto y vergüenza. (váse)

ESCENA XI.

DON CÁNDIDO y DON MELITON.

Cánd. ¿Qué quiere decir con eso?

Mel. ¿No lo entendeis? ¡Qué simpleza!

Cánd. Os juro que no lo entiendo.

Mel. Mas claro no sé que pueda
 esplicarse.

Cánd. Pues si vos
 no me aclarais...

Mel. Por las señas
 presumo que en Isabel
 alguna pasion empieza
 á darle cuidado.

Cánd. Mas
 ¿Hácia quien puede tenerla?

Mel. Hácia vos.

Cánd. ¿Hácia mí?

Mel. Sí.

Solo un novicio pudiera
 no conocerlo. La madre,
 si he de hablaros con franqueza,

me ha manifestado ya
los temores que la cercan.

Cánd. ¿ Pero , qué temores ?

Mel. ¿ Cuáles

han de ser ? Los que se engendran
de ver bajo un mismo techo

vivir una jóven bella,

sensible y apasionada,

con un mozo de presencia

amable , y que está adornado

de mil seductoras prendas.

Cánd. ¿ Me juzgará Doña Engracia

capaz?...

Mel. De todo recela

una madre que el honor

de su hija guarda , y mas ella

que os ha visto prodigar

á Isabel tantas finezas.

Cánd. La urbanidad exigia...

Mel. ¿ La urbanidad?... Sin reserva

confesadlo , amigo mio,

de Isabel la gentileza

os ha prendado.

Cánd. Confieso

que me gusta.

Mel. En hora buena.

Pero , amigo , no os entiendo.

¿ No me habeis confesado esta

mañana que Doña Inés

ha de ser esposa vuestra ?

Pues ¿ cómo á Doña Isabel

dais de afecto tales muestras ?

¿ Por qué la obsequiais ? ¡ Ah ! ved

que esa conducta es muy fea.

¡Engañar á dos mugeres!

Vos hareis lo que os parezca,
pero obsequiar á las dos
no os permite la decencia.

Es preciso decidirse.

Cánd. ¿Mas á cuál la preferencia
habré de dar?

Mel. ¿Qué quereis
que os diga? Esa es cuenta vuestra.
A vos toca decidirlo.

Lo mismo me da que sea
vuestra esposa Doña Inés
que Doña Isabel. Si en esta
brillan mil prendas amables,
las mismas veo en aquella.

A la verdad Isabel,
bien mirado, manifiesta
mas brillante educacion.

Luego sus muchas riquezas...

Pero estoy bien persuadido
de que el mérito es la regla
que solo debe guiaros...

No obstante, si se presentan
mérito y riqueza unidos
no hay que hacerse muy de pencas,
porque novias de esta especie
no se encuentran como quiera.

Cánd. Es decir que Isabelita
os debe la preferencia.

Mel. Si he de decir lo que siento...

Pero dejemos tan seria
conversacion. Nuestro amigo
Don Silverio nos espera.

Vamos, que ya se hace tarde.

Cánd. Si no os sirve de molestia,
veremos al comerciante
con quien tengo letra abierta,
para que me dé el dinero
que he de entregar á Don Gestas.

Mel. Teneis razon: lo primero
es siempre pagar las deudas.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON CÁNDIDO, DON MELITON y DON SILVERIO.

Silv. Eso es lo que habeis de hacer:
seguir á Baco y Cupido,
tener grandes francachelas,
convidar á los amigos,
y dejad que allá murmuren
cuatro censores malignos.

Cánd. Muy aficionado sois
á diversiones.

Silv. Preciso.

¿Y á quién no habrán de gustar?

Amigo, yo siempre he dicho
que es necedad exigir
de un jóven bien parecido,
elegante y con dinero,
que viva en Madrid lo mismo.

que un anacoreta. Digan
lo que quisieren de juicio,
de prudencia y honradez,
lo cierto es y positivo
que en el mundo entronizado
está el placer; yo le miro
tributar adoraciones
donde quiera; con que, amigo,
ya que todos se divierten,
¿qué hemos de hacer? Divertirnos.

Mel. Es excelente moral.

Silv. ¿No lo ha de ser? Por lo mismo
vamos á pensar en nuestra
comida de hoy. Es preciso
que tengamos gran jarana.
¿De cuánto ha de ser?

Mel. Opino
que de tres duros por barba.

Silv. Me agrada el precio.

Mel. Buen vino
y buen licor.

Silv. Sobre todo,
mientras comamos, suplico
no se hable nada de ciencias,
de negocios, ni de libros.
Tan solo del bello sexo
los seductores hechizos
de nuestros discursos sean
el objeto.

Mel. Y en olvido
no deberémos dejar
la beldad que de este sitio
es el principal adorno

Silv. ¡Oh, Doña Isabel! Es fijo

que es una linda muchacha.

Mel. Preciosa.

Silv. ¡Ay! Amigo mio,

(á D. Cánd.)

¡qué feliz sois!

Cánd. ¿Por qué?

Silv. No hay que haceros el chiquito.

Todo se sabe.

Cánd. ¿Qué habeis

de saber?

Silv. Vaya, es capricho

siempre en los enamorados

negar lo que hasta los niños

conocen. ¿A qué ocultar

que á Isabel teneis cariño?

Cánd. Me gusta; pero...

Silv. ¿Qué peros!

La niña por su palmito

y su gracia se merece

todo un reino: sus ojillos

el corazon atraviesan.

Mel. ¡Qué talle tiene tan lindo!

Silv. ¡Qué dulzura en el hablar!

Mel. ¡Qué espresion y qué atractivo

cuando canta!

Silv. ¿Y en el baile?

En el baile es un prodigio.

Mel. Su beldad no tiene precio.

Cánd. Es muy cierto; y por lo mismo

yo no pretendo aspirar

á un tesoro...

Silv. Pues, amigo,

ella os adora.

Cánd. ¿Me adora?

Silv. Sí señor, y yo lo digo.

Cánd. No me creo ciertamente tan dichoso.

Silv. Picarillo,
¿qué bueno sois! ¿Os quereis hacer el modesto?

Cánd. Afirmo que no hay nada.

Silv. Bien podrá ser que aun nada os hayais dicho; mas no importa: si las lenguas no han hablado, es positivo que ya vuestros corazones se entienden, con que es lo mismo.

Mel. Pero decid la verdad: ¿aun no os habeis atrevido á hablarla de amores?

Cánd. No.

Silv. ¡Jesus que hombre! Yo me admiro.

Mel. Ya se vé, la timidez...

Silv. La timidez en mi juicio hace al hombre tras de tonto desgraciado. En los dominios, sobre todo del amor, debe ser desconocido.

Sed osado y vencereis es su lema favorito.

Aprended de mí. ¿No veis con qué soltura, qué brillo me presento en todas partes? ¿cuánto charlo, cuánto rio?

Pues bien, imitadme: el caso es hacer que siempre fijos esten los ojos en vos.

Sentado, no es admitido

estarse un hombre estirado
 con compostura y con juicio.
 Mostraos inquieto, tomad
 mil ademanes distintos,
 y si rompeis vuestra silla,
 eso, amigo, es muy bonito.
 A la que tengais al lado,
 mas que nunca la hayais visto,
 la tratareis marcialmente,
 os pondreis arrimadito,
 y el brazo sobre su silla;
 la quitareis su abanico,
 os hareis aire con él;
 la hablareis mucho al oido,
 y afectareis una risa
 misteriosa, con que indicios
 deis de que vuestros ataques
 la fortaleza han rendido.
 Si hay seriedad, levantaos,
 y en la sala un paseito
 dad con garbo y con franqueza
 luciendo ese cuerpecito.
 Miraos al espejo entonces
 estirándoos los picos
 de la camisa: encended
 un puro, y á los hocicos
 del mas sério echad el humo.
 Tambien si quereis lucirlo
 podeis ensayar un paso
 de rigodon alli mismo,
 ó, lo que es mas tono, un ária
 talarear del peregrino
 Rossini. Luego os haceis
 con las damas el rendido.

Una flor decis á Aurora,
 á Inés sobre su vestido
 la elogiais, á Dolorcitas
 la haceis rabiarse un poquito.

En fin, si viniere á pelo
 decis algun cuentecillo.

Todos se rien y aplauden;
 y las bellas al oirlo
 exclaman: ¡qué Don Fulano!
 ¡Vaya, si es muy divertido!

Mel. Eso está muy bien hablado;
 pero por ahora opino
 que hablemos de la comida.

Silv. Para que todo esté listo
 discurro no será malo
 que me vaya yo ahora mismo
 á mandarla disponer.

Mel. Lo demas es desatino.

Silv. En la fonda esperaré.

Hasta luego.

Mel. Abur, querido.

(vase)

ESCENA II.

DON CÁNDIDO y DON MELITON.

Mel. Es muy alegre y muy guapo.

Cánd. Esto se llama un amigo,
 y no aquel triste de Enrique,
 con quien siempre me fastidio.
 Ya no quiero acompañarme
 mas con él. ¿A qué he venido
 á la Corte, si no es para
 divertirme?

ESCENA III.

Dichos, DOÑA ENGRACIA y DOÑA ISABEL.

Eng. Cuidadito *(bajo á Doña Isab. al entrar)*
con mi advertencia.

Isab. Está bien.

Eng. Isabel, te tengo dicho
que tanto llorar me enfada.

Mel. ¿Qué es eso? ¿Qué ha sucedido?

Eng. Nada: esta niña, que ha dado,
sin saber con qué motivo,
en la flor de estar llorando
todo el día. No la he visto
nunca así.

Mel. ¿Qué hermosa está! *(bajo á D. Cánd.)*

Eng. Si la hubiéseis conocido,
Don Cándido, antes... ¿Qué alegre!
¿Qué amiga de regocijos
y de bailes! Ahora, nada...
Y desde que habeis venido
ya no ríe, ya no canta,
todo es tristeza, suspiros...
Vamos, hija, dí: ¿qué tienes?

Isab. ¡Ay, mamá!

Eng. No temas, dilo.

Isab. ¿Si me da tanta vergüenza!

Eng. ¿Te se ha escapado el doguito?

Isab. No señora.

Eng. ¿Te se ha muerto
algun canario?

Isab. Están vivos
todos.

Eng. ¿Pues qué es lo que tienes?

Mel. Será preciso decirlo.

Tiene amor.

Eng. ¡ Amor! ¡ Si tal supiera!...

Mel. ¿ Es algún delito?

Eng. Segun... Si fuese un amor honesto, y que su cariño recayese en un sugeto decente... entonces no digo...

Mel. Si el novio fuese un muchacho de buena familia, rico...

Eng. De ese modo...

Mel. Vervi gracia, como cierto jovencito que conozco...

Eng. ¿ Qué decis?

Pensar en ello es delirio.

No tendrá tanta fortuna

mi Isabel... Y no lo digo

por que ella no se merezca...

¡ Vaya! Eso no...

Cánd. Es positivo

que su belleza...

Eng. Lo menos

es su belleza .. ¡ Qué juicio!

¡ Qué habilidad para todo!

¡ Qué desparpajo, qué tino

para llevar una casa!

Pues ¿ y el genio? Nunca he visto

otro mas humilde... Vamos,

hará feliz á un marido.

¿ Verdad, hija?... Dí: ¿ qué harás,

qué harás á tu maridito?

Isab. ¿ Yo, madre?... Quererle mucho,

hacerle fiestas y mimos...
cuidarle... Lo que hacen todas.

Eng. Sí, hija mia, lo mismo
que yo hacia con tu padre.
¡Ay pobrecita!... No vivo
hasta verte colocada;
que es mucho, mucho martirio
el tener hijas solteras.

Mel. Y como están tan remisos
los jóvenes en casarse...

Eng. ¡Oh! mi Isabel ha tenido
infinitas proporciones.
Y si ella hubiera querido...

Mel. Sí, me acuerdo de aquel Conde
que tantos extremos hizo
para conseguir su mano.

Eng. Y sin ser eso, ahora mismo... (*se acerca á*
Por el último correo *D. Mel., y le dice*
un sugeto distinguido *bajo, pero de mo-*
y acaudalado me escribe *do que D. Cánd.*
pidiéndome para su hijo *pueda oirlo)*
la mano de Isabelita.

Cánd. ¿Qué es lo que escucho, Dios mio? (*ap.*)

Eng. ¿Qué opinais qué debo hacer?

Mel. Si es ventajoso el partido...

Eng. ¿No lo ha de ser?

Mel. Pues entonces
debeis... Con todo, es preciso
no proceder de ligero.

Eng. Ved la carta que me ha escrito.

Mel. Con vuestra licencia. (*á D. Cánd.*)

*Don Meliton y Doña Engracia se retiran á
un extremo del teatro, y fingen estar leyendo y*

hablando; pero observan quanto hacen Don Cándido y Doña Isabel.

Isab. Estais,

Don Cándido, pensativo.

Cánd. ¿ No lo he de estar, señorita?

¿ Habeis por ventura oido lo que ha dicho vuestra madre?

Isab. Sí, pero dudo infinito, sea cual fuere ese sugeto, que le acepte por marido.

Cánd. ¿ Por qué razon?

Isab. La razon yo bien la sé.

Cánd. La adivino. Vuestro corazon, sin duda,

se encuentra ya prevenido en favor de otra persona.

Isab. Eso no puedo decirlo, y menos á vos que á nadie.

Cánd. ¿ Como?

Isab. No me es permitido esplicarme mas.

Cánd. Hermosa Isabelita, os suplico

me saqueis de una penosa incertidumbre.

Isab. Quedito, Don Cándido, ¿ no advertis

que todo quanto decimos lo está mi madre escuchando?

Cánd. Pues bien, ya que en este sitio no tenemos libertad un favor quiero pedir.

Isab. ¿Cuál es?

Cánd. ¿Me lo negareis?

Isab. Segun.

Cánd. Es que sin testigos
os pueda hablar un momento.

Isab. ¿Hay hombre mas atrevido?

¿Quién? ¿Yo hablaros en secreto?

ESCENA IV.

Dichos y Doña Inés.

Inés. ¡Ah Don Cándido!

Cánd. ¡Dios mio! *(alejandose precipitadamente de Doña Isab.)*

¡Inés!

Inés. Vaya, proseguid:

yo no vengo á interrumpiros.

Imitaré de mi tia

el ejemplo, pues la miro

para que hableis libremente

retirada en aquel sitio.

Eng. ¿Qué es eso que dices?

Inés. Nada.

Eng. ¡Cuidado con!...

Isab. Muy sencillo

era el objeto de nuestra

conversacion, pues de un libro

hablando estabamos.

Inés. Siendo

asi, luego me retiro,

pues de eso no entiendo yo.

Eng. Gracias al cuidado mio

mi hija puede hacer alarde

de la instruccion que ha tenido.

Inés. La instrucción es apreciable
sin duda; pero imagino
no aprovecha en quien no tiene
un pecho franco y sencillo.

Isab. ¡Ignorancia é hipocresía,
vaya un conjunto muy lindo!

Mel. Pero, señor, ¿á qué viene?...
Sosegaos os suplico.

Es muy feo el enojarse
entre parientes y amigos
de ese modo. Vos, *Inés*,
teneis el genio algo vivo.

Vaya, si quereis hablar
con el señor, ahora mismo
nos marchamos. Cabalmente
retirarnos es preciso

á tratar de cierto asunto
que exige prudencia y tino.

Señora, cuando gustéis..

Eng. ¿Pero no habeis advertido (*bajo á D. Mel.*)
que queda solo con ella?

Mel. Sí, mas dentro de un ratito
voy á volver.

Eng. Bueno: vamos.
Hija mia, ven conmigo. (*vánse los tres*)

ESCENA V.

DON CÁNDIDO y DOÑA INÉS.

Inés. ¿Por qué no marchais con ellas?

Cánd. ¿Yo? ¿Para qué necesito?...

Inés. Id, que estará con cuidado:
no priveis á su cariño

de la vista de un amante
tan obsequioso, tan fino:
sobre todo tan constante.

Cánd. Inesita, ¿qué motivo?...

Inés. Sí, negadlo, infiel, decid
que no la amais.

Cánd. Os afirmo...

Inés. ¿Qué vale afirmar? Mil veces
con juramento os he visto
prometerme amor eterno.

Mi pecho incauto y sencillo
vuestros engaños creyó;
mas ¡ay triste! ahora miro
que el amor y juramentos
los habeis dado al olvido.

ESCENA VI.

Dichos y DON ENRIQUE.

Enr. ¿Inés, qué tienes?

Inés. No es nada.

Enr. ¿Nada?... Y veo sumergido
tu rostro en llanto... ¿Qué es esto,

Cándido?

Cánd. ¿Yo?

Enr. Lo adivino.

Son quejas de amor.

Cánd. Tú hermana

se ha empeñado en que dedico
mis afectos á Isabel...

Enr. Y bien, francamente, amigo,
¿en tí no han echo sus gracias
ninguna impresion?

Cánd. No digo
que... pero...

Enr. Escucha: ya sabes
cuanto te quiero: nacido
este afecto en la niñez,
con la edad se ha hecho mas vivo.
Tú quisiste (y no lo niego,
fue con sumo placer mio)
que otros lazos estrechasen
nuestra amistad... Pero, amigo,
si acaso de tus promesas
te hallas hoy arrepentido,
si mayores intereses
te ofrece otro enlace, dilo.
Yo te vuelvo tu palabra,
sé libre y feliz.

Inés. ¡Inicuo!
¡qué dices! ¡ay!

Enr. Lo que exige
tu honor, el suyo, y el mio.
Lo que exige tu ventura:
sí, tu ventura... Si insisto
en que cumpla un juramento
que le pesa, si permito
que le entregues una mano
que repugna, ¡qué suplicios
no te hiciera padecer
en un enlace aborrecido!
Yo entonces fuera sin duda
tu verdugo: sí, yo mismo
en vez de darte un esposo,
te entregára á tu asesino.

Cánd. ¡Su asesino! ¡Qué pronuncias?
¡Me presumes tan indigno?...!

Enr. Perdona, amigo, perdona.
 Conozco que me he escedido,
 Sé muy bien que tu alma es noble,
 generosa... Mas repito
 que si has mudado de intento
 te muestres franco conmigo.
 No solo busco la dicha
 de Inés; igualmente aspiro
 á la tuya, y si en los brazos
 de otra mas digna te miro,
 si eres venturoso en ellos,
 será mi anhelo cumplido.

Cánd. ¿Yo en los brazos de otra? ¡Ah! solo
 reina Inés en mi alvedrio
 y juro serla constante.

Enr. ¿Y de tu constancia, amigo,
 quién la puede asegurar?
 Tú no lo puedes, tú mismo.
 Que nos ames cual hermanos
 de tí solamente exijo.

Cánd. No, jamas olvidaré...

Enr. Don Meliton viene... El sitio
 le dejo por no chocar
 con él.

Cánd. A Dios, fiel amigo.

ESCENA VII.

DON CÁNDIDO y DON MELITON.

Mel. Cuidado, que el Don Enrique
 no me puede ver: lo mismo
 es verme entrar que se marcha.
 Mas ¿qué es esto? Pensativo

estais, Don Cándido... Mucho
debe haberos conmovido
el diálogo que acabais
de tener con vuestro amigo.

Cánd. Con efecto, ha sido así.

Mel. Ya veo que es el cariño
que conservais á Inesita
mayor de lo que habeis dicho.

Cánd. Os confieso ingenuamente
que cada vez que la miro
siento proceder con ella
de un modo tan poco fino.

Mel. Pero en resumidas cuentas
¿me decis, amigo mio,
á cuál de las dos primitas
preferis?

Cánd. Tan indeciso
estoy que...

Mel. Esa indecision
me pone en un compromiso
terrible.

Cánd. ¿A vos?

Me. Sí señor.

En este momento mismo
de manifestarme acaba

Doña Engracia que un partido
ventajoso se presenta
para Isabel, y ha exigido
la diga mi parecer.

Yo como me habiais dicho
aque!lo...

Cánd. ¿Y bien, qué?...

Mel. Llevado
de mi celo, he respondido

que no empeñe su palabra,
 porque segun los indicios
 vos amais á Isabelita,
 de quien sois correspondido;
 y que es muy posible...

Cánd. ¡Oh Dios!
 ¿qué habeis hecho?

Mel. Un desatino.
 Lo conozco y me arrepiento.
 Pensé haceros un servicio
 dando un paso favorable
 al logro de los designios
 que os suponía... ¡Jesus!
 mucho error ha sido el mio,
 pero vos teneis la culpa.

Cánd. Sí, la tengo, y de mi indigno
 proceder yo me avergüenzo.

Mel. No fuera en verdad muy fino
 burlarse de Doña Engracia,
 que ya por lo que la he dicho
 ha consentido en la boda.
 Su pesadumbre imagino
 cuando el engaño conozca.
 Yo por mí no se lo digo.
 ¡Qué vergüenza! Habladla vos
 y decídselo vos mismo.

Cánd. ¿Mas cómo quereis qué yo?...

Mel. No hay remedio, no lo digo.

Cánd. ¡O cielos! ¡Qué incertidumbre!
 Si pronto no me decido
 pierdo á Isabel para siempre.
 Por otra parte el cariño
 dejar burlado de Inés
 fuera en verdad un delito.

Mel. Toma, primero sois vos.
Ademas de eso, he sabido
que su tia va á casarla
con un caballero rico
que la quiere.

Cánd. ¿Qué decis?

Mel. La verdad; y me imagino
que ella aceptará al momento,
luego que hubiere perdido
la esperanza de ser vuestra.

Cánd. De ese modo... En fin, confio
en vuestros consejos.

Mel. Sí:

confiad en ellos. Os miro
cual hijo, y solo deseo
haceros feliz.

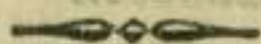
Cánd. Me estimo

ya por feliz con tener
tan honrado y fiel amigo.
Pero con lo que ha pasado
hemos echado en olvido
entregar á Doña Engracia
el dinero que he traído
para Don Gestas.

Mel. Pues vamos

á entregárselo ahora mismo.
Despues á la fonda irémos,
donde espera nuestro amigo.

ACTO CUARTO.



ESCENA PRIMERA.

DOÑA ENGRACIA y DOÑA ISABEL.

Eng. ¡Qué altivez y qué insolencia!

¡Cuánto mas pobres, mas vanos!

Isab. ¡Qué hay, madre?

Eng. Inés que se atreve

á disputarte la mano

de Don Cándido. Queriendo

alejarse de mi lado,

la he propuesto que se case

con nuestro amigo Don Fausto,

que la tiene amor; mas ella

lo desprecia, imaginando

que tu amante ha de cumplirle

la palabra que le ha dado.

Isab. Pues ya: no faltaba mas.

Eng. Yo la he puesto como un trapo,

y cual se merece. Ha dicho

que va á contarle á su hermano,

y que hoy mismo de mi casa

se saldrá.

Isab. ¡Miren qué malo!

Eng. Váyanse los dos si quieren.

Tanto mejor. Ya he salvado

las apariencias, y como

la gente esté en el engaño

de que he procedido bien,

de lo demas no hago caso.

ESCENA II.

Dichos, DON MELITON y DON SILVERIO.

Eng. ¡ Ah! ¿ Sois vos, Don Meliton?

¿ Y nuestro hombre?

Mel. A pocos pasos

viene detrás. Ahora mismo
de comer nos levantamos.

Amiga, nuestro negocio
va viento en popa. Ayudado
por Silverio, un favorable
y pronto éxito presagio.

De Isabel y de sus gracias
solamente hemos hablado,
y los elogios y el vino

de tal suerte han trastornado
á Don Cándido, que está

loco por la niña. El caso
es favorable, y debemos

con destreza aprovecharlo.

Ya viene... Que no nos vea.

Entremos en ese cuarto.
Pronto.

Eng. ¿ Qué intentais hacer?

Mel. Ya lo vereis. Vamos.

(*vánse*)

ESCENA III.

DON CÁNDIDO solo, muy alegre.

¡ Cuánto

me he divertido esta tarde!

¡Qué mesa! Vaya un bromazo el que hemos corrido. Tengo unos amigos muy guapos, y no es posible ver otros mas divertidos... Pues me hallo solo ahora, pensar quiero sobre lo que hemos hablado. No hay duda, la Isabelita me conviene. Sus encantos me tienen loco de amor. Si actualmente, que estoy algo alegre, tener pudiera con ella tan solo un rato de conversacion, ¡qué cosas la diria!... Mas ¡me engaño? ¡No es ella? No hay duda; ella es. ¡Suerte propicia!

ESCENA IV.

DON CÁNDIDO, DOÑA ISABEL, y luego DON MELITON y DOÑA ENGRACIA.

Doña Isabel sale del gabinete. Doña Engracia y Don Meliton quedan á la puerta del mismo, teniéndola entre abierta y observando lo que pasa.

Isab. (Veamos cómo se esplica) ¡Ah! ¡Sois vos? Perdonad... Habia pensado que mi madre estaba aqui.

Cánd. Sin duda el cielo ha escuchado mis votos, pues el placer

me proporciona de hablaros
á solas... ¿Qué es eso? ¿Os vais?

Isab. Mi madre me está esperando,
y no puedo detenerme.

Quedad con Dios.

Cánd. ¡Ah! Dignaos
escucharme un solo instante.

Hermosa Isabel, yo os amo,
yo os adoro. Hasta ahora nunca

me he atrevido á declararos
la pasión en que por vos

ha tiempo ya que me abraso.
Mas no puedo á su violencia

resistir...

Isab. (¡Qué risa! Vamos,
no gasta muchos rodeos.)

¿Pues cómo?... ¡Oh Dios!... ¿Qué he escuchado?
¡Qué atrevimiento!

Cánd. Por Dios,
no os enojeis. ¿Es acaso
algun delito el amar?

¡Ah! El amor que me ha inspirado
vuestra hermosura es tan puro,
tan vehemente!

Isab. ¡Ah! ¡qué falso!

Cánd. ¿Falso yo? ¿Podeis creerlo?
Soy muy sencillo, soy franco:

bien lo habreis ya conocido:
nunca dijeron mis labios

lo que el corazón no siente.

Isab. Pues bien está: en ese caso
podeis hablar á mi madre.

Si ella no tiene reparo
y da su consentimiento...

Cánd. El vuestro es el que yo trato
de conseguir: solo á vos
quiero deber vuestra mano.

Isab. ¡Jesus, es mucho apurar!

Cánd. Bella Isabel, apiadaos,
premiad afecto tan puro,
dadme de esperanza un rayo.

Isab. No puede ser, no, señor.
Ved que ofendeis mi recato
y no permite el decoro
que os siga mas escuchando.

Cánd. Vedme á vuestros pies. Yo juro
en todo tiempo el amaros;
pero dad á mi pasion
el premio.

Isab. ¿Qué haceis? Alzaos.
Si entra mi madre y nos vé
¿qué dirá?

Cánd. No me levanto
hasta que me prometais...

Isab. No es posible.

Mel. Aprovechaos *(bajo á Doña Engracia)*
de la ocasion. Salid.

Eng. ¡Cielos! *(saliendo y fingiendo sorpresa)*
¿Qué es lo que veo? ¡Postrado
Don Cándido ante los pies
de mi hija Isabel!

Cánd. ¡O santo
Dios! ¡Doña Engracia!

Eng. Muy bien,
Don Cándido.

Cánd. Yo...

Eng. Fundados
eran mis temores. Estos,

estos son los resultados
de mi extrema confianza.

Mel. ¿Qué es lo que hay? ¿Por qué son tantos (sa-
gritos?) *liendo)*

Eng. ¿Qué ha de haber? Pesares,
disgustos y sobresaltos
de una madre desgraciada.

Mel. ¿Qué ha sucedido?

Eng. ¿Qué engaño!
¿Qué perfidia!... ¿Quebrantar
asi los derechos santos
de la hospitalidad.

Mel. Mas
¿podrémos saber al cabo?...

Eng. Pero mi hija es todavia
mas culpable. Ea, vamos,
señorita, id allá dentro.

Isab. ¿Don Cándido!

Cánd. ¿Dueño amado!

Eng. Id allá dentro repito.

Cánd. Ved...

Eng. No nos sigais: quedaos
con Dios.

Cánd. Permitid que...

Mel. No hay
que sofocarse... Hacedos cargo...

Eng. Dejadme que estoy furiosa,
dejadme.

ESCENA V.

DON CÁNDIDO y DON MELITON.

Mel. Con que veámos,

¿qué sucede?

Cánd. Si la sigo
se acrecentará su enfado.
Id con ella, amigo mio,
id, calmadla.

Mel. Pero al cabo
necesito saber...

Cánd. Ella
os lo dirá. Apresuraos
á seguirla.

Mel. Voy; mas ya
conoceis cuán delicado
soy en materia de buenas
costumbres: con que si acaso
las hubiereis ofendido,
cual me lo sospecho, en algo,
de mi no habeis de esperar
que aplauda vuestros desbarros.
Mucha es mi amistad por vos;
pero en llegando tal caso,
solo escucho del honor
los imperiosos mandatos. (váse)

ESCENA VI.

DON CÁNDIDO *solo.*

¡Ah! ¿Qué dice?... Sí... Ya veo
lo que es el honor, y cuanto
me prescribe. Estoy resuelto...
Mas ¡ó cielos soberanos!
¡Enrique viene!... Esto solo
me faltaba en tan aciago
momento para que fueran
mis tormentos mas amargos.

ESCENA VII.

DON CÁNDIDO y DON ENRIQUE.

Enr. Amigo, ¿has visto á mi tia?

Cánd. En este momento acabo de hablarla.

Enr. Ando en busca de ella.

Ha tenido un altercado con mi hermana porque quiere que se case con Don Fausto; y porque Inés no consiente, despechada la ha ultrajado diciendo que á sus favores ella y yo somos ingratos.

Está visto: no es posible que ya mas permanezcamos en esta casa. Disgustos tan solo en ella presagio, y quimeras... Mas ¿qué tienes? ¿Te soy yo molesto acaso?

Cánd. ¿A mi?... No.

Enr. No disimules.

Recelo que haya logrado ponerme Don Meliton mal contigo. ¡O cielo santo! será que al fin desconfies de ese intrigante malvado.

Cánd. Hablad mejor, os suplico, de una persona á quien amo y respeto: yo conozco su corazon leal y franco; y ¡ojalá todos aquí se le asemejasen!

ESCENA VIII.

Dichos y DON MELITON.

Mel. Diablos, *(aparte al salir)*
 ¡Don Enrique aqui! — ¡Sabeis *(bajo á*
 lo que habeis hecho? Cuidado, *D. Cánd.)*
 que el lance es sério, y exige
 satisfaccion del agravio
 que habeis hecho á Doña Engracia.
 Nada os digo: en este caso
 mejor que yo sabeis cuáles
 son del honor los mandatos.
 Doña Engracia se imagina
 que ya os habeis escapado
 de su casa; y si antes quiso
 que no siguiéseis sus pasos,
 ahora solo vuestra ausencia
 la llena de sobresalto.
 Venid á calmar su enojo,
 venid, y cual hombre honrado
 cumplid con una familia
 desconsolada.

Cánd. Sí, vamos.

Enr. ¿Adónde vas? Yo te sigo.

Cánd. Deteneos: ya estoy harto
 de ver en vos un censor
 molesto. Son escusados
 los consejos, á mi edad
 no se necesitan ayos,
 y el solo favor que os pido
 es que no sigais mis pasos. *(váse y D. Mel.)*

ESCENA IX.

DON ENRIQUE, luego DOÑA INÉS.

Enr. ¿Qué es lo que escucho? ¿Es un sueño?

¿Dios mio, yo estoy pasmado!

Inés. ¿No es Don Cándido quien va
con Don Meliton, hermano?

Enr. El es, sí.

Inés. ¿Qué es lo que tienes,
que te veo tan turbado?

Enr. Querida hermana, esto es hecho:
ya por fin me desengaño

de que nada hay que esperar

de Don Cándido. Los lazos

de la amistad fraternal

que un tiempo nos estrecharon

se han roto ya para siempre:

sí, para siempre. El ingrato

me ha llenado de improperios,

me acusa de amigo falso,

y me dice que de estar

sujeto á mí se ha cansado.

¡O, Dios mio!... ¿Quién dijera

al escuchar de sus labios

tales injurias que es este

aquel Cándido que tanto

nos amaba en otro tiempo?

Inés. No, no lo es... ¡Desventurados!

Ya perdimos tú un amigo,

y yo... ¡Oh Dios! Que desengaño

tan triste!... Nada me resta

ya que esperar... Se ha llevado

el viento mis esperanzas.

¡ Infiel , aleve , inhumano !

¡ Cuál se ha burlado de mí !

¡ Qué hice para que tal pago

me diera ?... ¡ Pues no le quise

mas que á mi vida ?... ¡ Ah ! ¡ Qué ingrato !

Pero , dí , ¿ sabes adónde

le llevaba aquel malvado ?

Enr. No te lo puedo decir,

pues se han hablado muy bajo,

y solo algunas palabras

hasta mi oído han llegado,

como honor...

Inés. Que mal está

esa palabra en sus labios.

Enr. Tambien oí de mi tia

el nombre ; y si no me engaño

habló de satisfacciones.

Inés. ¡ O cielos !... ¡ Si habrán logrado

seducirle al punto de ?... ¡

Enr. ¡ De qué , hermana ?

Inés. A pronunciarlo

no me atrevo... Corro á verle,

y si son ciertas acaso

mis sospechas... ¿ Dónde voy ?

¿ A buscar mas desengaños ?

¿ Qué mas quiero ya saber ?

No hay alivio á mis quebrantos.

Pues haga lo que quisiere,

que ya tan solo me es dado

llorar y olvidarle.

ESCENA X.

Dichos y DON SILVERIO.

Silv. (Calla. *(aparte al entrar)*

Aquí están los dos hermanos.

Mejor; pues no hay para que guardar secreto, veamos cómo toman la noticia).

Amigos míos, que rato se nos prepara. Va á haber gran función.

Enr. ¿Cómo?

Silv. Es un caso estupendo, un manantial de convites, de regalos, de bromas, y...

Enr. Pero ¿qué es?

Silv. Os vais á poner bailando de alegría.

Enr. ¿Qué machaca!

Silv. Reiros, pues.

Enr. Ya me canso de tantas impertinencias.

Decidme, ¿habeis encontrado á Don Cándido?

Silv. Pues de ese es de quien intento hablaros.

Enr. Y bien ¿qué?

(Silv. Sabed, amigo, que se casa.

Inés. ¿Qué he escuchado!

¡Cielos! *(se sienta y permanece abatida)*

Enr. ¿ Con Isabel ?

Silv. Sí.

De eso se ha estado tratando
ahora mismo; y ya están todos
acordes.

Enr. Pero casados

no están aun, y...

Silv. Es lo mismo.

La obligacion se ha firmado,
y por fuerza, si no es hoy,
mañana se dan las manos,

Enr. ¿ Obligacion decis ?

Silv. Sí.

Y puesta en papel sellado.

Con dos testigos que pueden
valer por dos escribanos.

¿ Vos lo sentis ?

Enr. ¿ Qué os importa ?

Silv. Pues amigos alegraos.

que yo por mi parte estoy
de puro gozo que salto.

¿ Que placer ! Gran comiloná,

baile, ambigú, juego largo,

hermosas vistas; despues

la tornaboda en el campo.

¿ No son nada las funciones

que nos esperan !... Yo marchó

á disponer ahora mismo

para esta noche un bromazo

en celebridad. A Dios,

amiguitos... (¡ Pobres diablós !

¡ Qué bravo chasco se llevan !)

(*aparte*)

(*váse*)

ESCENA XI.

DON ENRIQUE y DOÑA INÉS.

Enr. ¿Y bien, Inés?

Inés. ¡Ay, hermano!

Enr. Yo te compadezco, y juzgo
por el mio tu quebranto.

Inés. Te equivocas, no lo siento.

Es verdad que me ha causado

por de pronto algun disgusto;

pero ya me desengaño

de lo que Don Cándido es,

y se acabó, ya no le amo.

Enr. ¡No le amas!

Inés. No: dé á mi prima
su corazon y su mano.

Todo con indiferencia

lo he de mirar. Ahora me hallo

muy tranquila, mucho.

Enr. ¿Quién?

¿Tú tranquila?

Inés. He olvidado

ya del todo á ese perjuro.

Sí, por siempre le he olvidado.

(*Morando*)

ESCENA XII.

Dichos y DON JUSTO.

Enr. ¡Ah! Don Justo: nuestro amigo.

¿Quién pudo nunca pensarlo?

¿Qué intriga, ó Dios, qué maldad!

Jus. ¿Qué le sucede? veamos.

Enr. Se casa con nuestra prima.

Jus. ¿Es posible? ¿Y con qué engaños han conseguido tan pronto seducirle?

Enr. Lo ignoramos.

Únicamente sabemos que una promesa ha firmado de matrimonio.

Jus. ¡Imprudente!

Yo bien prevía los lazos que la maldad le aprestaba, y antes que llegara el daño pensé oponer el remedio; pero me quedo pasmado de tan rapido suceso.

¿Y qué pensais en tal caso hacer?

Enr. Marcharnos de aqui.

Jus. ¿Y abandonareis el campo sin mas esfuerzos?... Salid de aqui, sí, pero salvando antes al amigo vuestro.

Enr. Nuestro honor está empeñado en no verle mas.

Jus. ¿Pues qué?

¿Consentiremos acaso que un pillo y una intrigante queden cogiendo en descanso el fruto de sus maldades?

Viven los cielos que aun cuando en nada me interesase ese jóven, tal engaño con frialdad no mirára.

El hombre de bien su amparo
debe siempre á la inocencia.

Enr. Está bien; mas si ha firmado
una obligacion...

Fus. La boda
no podrá llevarse á cabo
sin avisar á su madre.
Yo la escribiré, y en tanto
indagaremos las artes
con que se ha urdido el engaño.

Serán tales, que quizá
declaren los magistrados
nulo el papel; sobre todo
si, cual lo espero, logramos
que Cándido se arrepienta.

Enr. Como quiera, es necesario
que nos marchemos de aqui
para evitar todo trato
con nuestra tia.

Fus. Mi casa
os ofrezco.

Enr. La aceptamos
por algunos dias.

Fus. Voy
á que dispongan los cuartos.
Volveré muy pronto. Hablad
á Don Cándido entre tanto,
que yo tambien á mi vuelta
le diré lo que hace al caso.

ACTO QUINTO.

Habrà luces.

ESCENA PRIMERA.

DON MELITON y DOÑA ENGRACIA.

Mel. ¿ Con que se van?

Eng. Sí: he fingido

oponerme á sus deseos

por el bien parecer; mas

no han dado oído á mis ruegos.

Mel. Pues, señor, vayan con Dios.

Eng. ¡ Ojalá no vuelva á verlos!

Mel. Por fin, gracias á mi maña,

á mi actividad y zelo,

llegó al cabo nuestra empresa

y la coronó el suceso.

Eng. Mucho habeis hecho por mí,

Don Meliton mucho os debo:

creed que os lo pagará

mi eterno agradecimiento.

Mel. Amiga, la gratitud

cuesta poco, y vale menos

como algo no la acompañe.

Eng. Eso se da por supuesto.

Mel. ¡ Oh! yo no soy codicioso,

y limito mis deseos

á tener una haciendita

cuyo producto modesto
procure una vida holgada
á su venturoso dueño.

Eng. (Pues no pide nada: ya
se contentará con menos.) *(aparte)*

Mel. (Esta me quiere engañar
pero yo pondré remedio). *(aparte)*

Eng. ¡Qué feliz será Isabel
con Don Cándido!... Recelo
con todo que este se vuelva
atrás.

Mel. No hay que tener miedo.

La obligacion que ha firmado...

Eng. ¡Ay! ahora que me acuerdo,
vos la guardásteis: ¿qué habeis
hecho de ella?

Mel. Aquí le tengo. *(sacando el papel y ense-
ñándole con cuidado)*

Eng. ¿A ver?... Venga acá... *(alargando la mano)*

Mel. Poco á poco. *(retirándola)*

Eng. ¿Cómo es eso?

Mel. Escuchad, este papel
tanto es mio como vuestro.

Ambos para conseguirlo
hemos obrado de acuerdo.

Comun ha sido el trabajo,
sea comun el provecho.

Eng. Está bien; pero no os sirve
para nada.

Mel. Ya lo veo;

pero á vos sí, ¿no es verdad?

Eng. Ya se vé, mucho.

Mel. Pues bueno:

es justo que ambos el fruto

cojamos á un mismo tiempo.

Eng. ¿Qué es lo que quereis decir?

Mel. ¿No me entendéis?

Eng. No.

Mel. Pues creo

que me esplico con bastante

claridad. Deciros quiero

que pues tengo en mi poder

la obligacion, la conservo

hasta que de mis servicios

reciba el debido premio.

Eng. Ya, ya.

Mel. ¿Me entendéis ahora?

Eng. Creo que sí.

Mel. Con que espero

que cuanto antes...

Eng. Basta ya

de chanzas: dejemos eso

para despues de la boda.

Mel. ¿Para despues?... No por cierto.

Mi recompensa ha de ser

primero que el casamiento.

Eng. Pues bien, ¿qué es lo que quereis?

Mel. Por de pronto unos mil pesos.

Eng. ¿Caspita! Mucho es.

Mel. Mas vale

el servicio que os he hecho.

Eng. Firmaré una obligacion.

Mel. No, necesito dinero

contante.

Eng. Si estoy sin él.

Mel. Está bien, aguardaremos. (guarda el pa-

Eng. ¿Miren con lo que ahora sale!

Mel. ¿Qué quereis? Juzgo que es bueno

pel)

tomarme mis precauciones.

¡Oh! Yo os conozco, y recelo
si no ando listo quedarme
sin papel y sin dinero.

Pues no sino descuidarse,
que entre bobos anda el juego.

Eng. ¿Pues qué, acaso mi palabra?

Mel. ¿La palabra? ¡Bravo empeño!

Dadme en prendas otra alhaja,
que esa, amiga, no la quiero.

Suelen ser muy fuerte lazo
las palabras entre aquellos

que se precian de honradez
y de nobles sentimientos,

pero ¿entre nosotros?... Vaya,
en llegándose á hablar de eso,

ni en mí vos debéis fiaros,
ni yo en vos fiarme debo.

Eng. Mil gracias por el favor.

Mel. Con que, en fin, ¿qué es lo que hacemos?

Eng. Si no me pidiérais tanto...

Mel. No es posible exigir menos.

Si Don Cándido se casa

acabóse desde luego

mi agostillo; y al contrario

si permanece soltero,

aun podré de su bolsillo

disfrutar muy largo tiempo.

Mirad, pues, cuál son honrados

y puros mis sentimientos,

pues olvido mi interés

y le sacrifico al vuestro.

Eng. Tan solo de mala fé

veo un testimonio cierto.

Pero no se han de lograr
 vuestros infames proyectos.
 La obligacion se ha firmado,
 y á mí me basta con esto:
 en Don Cándido obrarán
 el pundonor y el afecto
 que tiene á mi hija, y la boda
 se ha de hacer á pesar vuestro.

Mel. Pues qué, ¿acaso imagináis
 que yo me habré de estar quieto?
 Ya conocéis el dominio
 que sobre ese jóven tengo:
 toda su conducta aqui
 la dirigen mis consejos,
 y me será cosa fácil
 el trocar sus pensamientos.

Eng. Basta ya de discusion
 y las palabras ahorremos.
 ¿Me dais el papel ó no?

Mel. Cuando me deis el dinero.

Eng. Esto saca quien se vale
 de un tunante, de un perverso.
 Sois un hombre vil, sin alma.

Mel. Por Dios, no nos sofoquemos.
 El papel está en mis manos:
 si me negais el dinero
 que os pido por él, al punto
 á Don Cándido le entrego,
 le descubro cuanto sé
 de vos, y tambien le advierto
 que si á Isabel da la mano
 será infeliz sin remedio.
 Ya veis si tan gran servicio
 se habrá de quedar sin premio.

Con que ved lo que os está
mejor. A Dios. Sola os dejo
para que lo mediteis;
pero decidios presto;
que si esperais á mañana
quizá ya no será tiempo. (váse)

ESCENA II.

DOÑA ENGRACIA *sola.*

¿Qué se debia esperar
de tal bribon sino es esto?
¡Ah! ¡si pudiera vengarme!
Pero él es capaz de hacerlo
como lo dice! ¡Qué apuro!
Y no hay que perder el tiempo.
Será preciso entregarle
lo que pide... ¡Y si no tengo
ni un cuarto!... Por vida de...
Si hubiera previsto esto
no le mandara tan pronto
á Don Gestas el dinero.
Quizá me lo prestará
Don Fausto... Pasaré á verlo.

ESCENA III.

DOÑA ENGRACIA y DON CÁNDIDO.

Eng. ¡Ah! Don Cándido... ¿Sois vos?
¿Dónde habeis estado?
Cánd. Dentro
de mi cuarto.

Eng. ¿ Con que, cuándo se hará la boda?

Cánd. Antes pienso dar parte de ella á mi madre.

Eng. Bien... si lo quereis... espero que la aprobará. Tambien la he de escribir... Ahora tengo que hacer una diligencia precisa... Abur, hasta luego... Se me olvidaba... Dispuse llevasen aquel dinero á Don Gestas.

Cánd. Bien está.

Eng. Con que, á Dios... ¡ Ah! ¡ Queda dentro Don Meliton?

Cánd. No lo sé, señora.

Eng. Es que os aconsejo que si le veis... Nada, nada. Quedad con Dios: pronto vuelvo.

ESCENA IV.

DON CÁNDIDO solo.

¡ Qué acervo dolor me oprime!
 ¡ Dios mio! ¡ Qué es lo que he hecho?
 ¡ Cuál me he dejado arrastrar
 al precipicio! ¡ O funesto
 compromiso!... Esa Isabel
 bella, sensible y objeto
 de tanto ardor ¿ será mia?
 Sí, lo será; mas ¿ qué espero
 de tal union?... ¡ Ay, que en ella

hallar la dicha no puedo!
 La hallara cuando me fuese
 dado arrancar de mi pecho
 la imágen de otra muger
 á quien he querido... y quiero.
 Sí, la quiero, pues conozco
 que solo un loco deseo
 hácia Isabel me arrastró;
 mas no un amor verdadero,
 un amor puro, cual este
 que por tí, dulce Inés, siento.
 ¡ Ah! ¡ Qué dirás cuando sepas
 que el sagrado juramento
 de ser tu esposo olvidando,
 el lazo del himeneo
 va á unirme á otra y no á tí?
 ¡ O tardo arrepentimiento!
 Ya prometí, ya firmé:
 el honor mandaba hacerlo,
 y cumpliré mi promesa.
 Mas ¡ ó Dios! ¡ Qué es lo que veo?
 ¡ Ellos son! ¡ cuál su presencia
 acrecienta mi tormento!

ESCENA V.

DON CÁNDIDO, DON ENRIQUE y DOÑA INÉS.

Inés. Mira, hermano, cuál se pinta
 en su rostro el sentimiento.

Enr. Está como quien acaba
 de cometer un gran yerro
 y lo conoce. — No temas,
 amigo, pues con intento

(á D. Cánd.)

no venimos de affigirte.
No oirás de los labios nuestros
reconvenciones ni quejas.

Cánd. ¿Teneis motivo para ello?

Enr. Todo lo sabemos ya.

Inés. Sí, todo.

Enr. Fuera un empeño
inútil disimular.

Inés. Antes del adios postrero
os hemos querido dar
pruebas de que nuestros pechos
no conservan contra vos
ningun rencor.

Enr. Tú el primero
has quebrantado unos lazos
tan antiguos; quiera el cielo
colmarte de mil venturas
al contraer otros nuevos.

Inés. Aunque vos me abandonais,
conozco debeis hacerlo.

Mientras hemos habitado
en nuestro rústico pueblo
fui feliz; un dulce error
alimentaba en el pecho;

y al ver que nuestras edades,
nuestros gustos, nuestros genios
eran unos, discurría

que las dichas de himeneo
solo en eso se cifraban.

Vine á Madrid. ¡Qué funestos
desengaños me ha costado
viaje tan fatal! huyeron
cual humo todas mis dichas.

Trocados vuestros deseos,

solamente á vuestros ojos
las riquezas tienen precio.

Yo, ¡triste de mi! soy pobre,
y haceros feliz no puedo.

Cánd. ¡ Ah! ¡ qué decis?... ¡ Feliz yo?
no he nacido para serlo.

Enr. Pues te es propicia la suerte
yo te perdono el desprecio

que nos haces... Mas si un día,
no lo permitan los cielos,

se trocase tu destino
de favorable en adverso,

y á necesitar llegases
de los auxilios ajenos,

corre entonces á mis brazos,
que ellos te serán abiertos.

¡ O cuán grato me sería
aliviar el duro peso

de tu desgracia! Por nada
trocara tan dulce empleo.

Mas si buscares en otros
de tus males el remedio,

fuera un agravio que nunca
perdon hallara en mi pecho.

A Dios.

Cánd. Amigo, detente.

Contempla el abismo horrendo
donde me ha precipitado

mi imprudencia. Yo te ruego
no me abandones. Conozco

que he estado demente, ciego,
que he sido injusto contigo,

y de mi error me avergüenzo.
Maldigo de mi razon

el extravío funesto,
 maldigo los seductores
 atractivos que me hicieron
 comprometerme y firmar
 un enlace que aborrezco.

¡ Ah! Inés, adorada Inés,
 pude olvidarte un momento,
 mas de mi fatal olvido
 el castigo será eterno.

Desvanecido el encanto
 que me alucinaba, siento
 que con mas ardor que nunca
 tu amor renace en mi pecho,
 y siento que ya venturas
 no hay para mí, si te pierdo.

Vuestro odio merezco, amigos;
 mas con su terrible peso
 fuera insufrible la vida.

Ya que para siempre os pierdo,
 ¡ ah! que no me aborreceis
 juradme, juradme al menos.

Enr. ¿ Nosotros aborrecerte?

¡ Ah! Nunca, nunca. *(se abrazan)*

ESCENA VI.

Dichos y Don Justo.

Jus. ¿ Qué es esto?

¡ Abrazos!... Pues qué ¿ hay alguna
 novedad?

Enr. No señor; pero
 esto es que de nuestro amigo
 nos estamos despidiendo.

Fus. Ese nombre no merece.

Enr. Ah, disculpadle: es muy cierto
que ha cometido un error,
mas ya su arrepentimiento
reclama nuestra indulgencia.

Fus. Cuando el mal es sin remedio
¿de qué vale arrepentirse?

Antes para precaverlo
se necesitaba juicio,
sumision á los consejos
de los amigos prudentes...

Cánd. No me atormentéis, os ruego,
con vuestras reconvenciones.
Harto sin ellas padezco.

ESCENA VII.

Dichos y DON GESTAS.

Gest. Buenas noches. ¿Está en casa
Don Cándido de Ovejero?

Cánd. ¿Quién es? ¡Ah! Señor Don Gestas,
¿os han entregado aquello?

Gest. Sí señor; está la cuenta
cabal, y yo mismo vengo
á traerlos el recibo,
porque en esto de dinero,
como que hay tantos tunantes,
es preciso mucho tiento.

Cánd. Muy bien. *(tomando el recibo)*

Fus. ¿Qué recibo es ese?

Cánd. Cierta deuda.

Fus. ¿Cómo es eso?
¿teneis deudas?

Cánd. Esto ha sido
por sacar de cierto empeño
á Doña Engracia.

Fus. Apostara
á que es tambien otro enredo
de esa señora.

Gest. Y podeis
apostar aunque sea ciento
contra uno.

Fus. ¿Cómo?

Gest. Nada,
nada: murmurar no quiero.
A mí lo que me importaba
era cobrar mi dinero,
y este ya le tengo, gracias
á Don Cándido mi dueño.

Quedad con Dios. — ¡Ah! Decid, *(hace*
¿habeis contraido empeño *que se va,*
de pagar todas las deudas *y vuelve)*
de esta casa?

Cánd. No por cierto.
¿Por qué lo decís?

Gest. Por nada:
porque si así fuera, puedo
mandaros á cierto amigo
que anda que bebe los vientos
por cobrar una deudilla.

Cánd. ¿Tambien otro?

Gest. Y otros ciento.

Fus. ¿Tantos acreedores tiene?

Gest. Por luz.

Cánd. No puede ser eso
siendo tan rica.

Gest. ¿Ella rica?

Algo tuvo en algun tiempo,
pero ya todo voló.

Ahora eso sí, con el juego
va trampeando... En fin, todos
vivimos como podemos.

Cánd. Pues Don Meliton me ha dicho...

Gest. Otro que tal, embustero,
trapalon; pero me callo,
porque murmurar no quiero.

Jus. No, yo le tengo por tal.

Gest. Y todo Madrid lo mismo.

ESCENA VIII.

Dichos y DON SILVERIO.

Silv. He mandado disponer
un primoroso refresco
con el fin de celebrar...

Gest. ¡Ola! Señor Don Silverio...

Silv. ¡Oh! Don Gestas... Qué, ¿teneis (á D.
algo con este usurero? *Cánd.)*
Cuidado, porque no hay uno
mas ladron.

Gest. Sois buen sugeto
vos tambien. El señor puede
informaros por estenso
de quién es Don Meliton,
pues los dos son compañeros;
y tambien deciros algo
de la Doña Engracia.

Silv. Y eso
¿á qué viene ahora? Todos
de Don Meliton sabemos

que es caballero...

Gest. De industria.

Silv. ¿Cómo qué?

Gest. Y vos lo mismo.

Clarito; y la Doña Engracia

una urdidora de enredos,

entrampada hasta los ojos;

pero no, mi pico cierto,

que no quiero murmurar.

Silv. Pues yo, señores, sostengo...

Gest. ¿No la habeis de sostener

si pensais en ser su yerno?

Fus. ¿Qué decis?

Silv. Hombre ¿quereis (bajo á D. Gest.)

callar? que me estais perdiendo.

Fus. Venid acá: ahora mismo (agarrando

vais á aclarar los misterios á D. Silv. del

de esta casa. Se ha engañado brazo y colo-

á este jóven: le habeis hecho cándole entre

firmar una obligacion él y D. Enr.)

de matrimonio; yo quiero

que nos digais quién sois vos,

quién Don Meliton, los medios

que ha empleado Doña Engracia

para conseguir su intento...

Silv. Cuántas preguntas, Dios mio.

Yo de ningun modo puedo...

Fus. Si no decis la verdad...

Don Enrique, á ver, tenedlo

por ese otro brazo. A palos

os molemos si...

Silv. Señores

esto es ponerme en tormento.

Gest. Sí, sí, duro en él; que cante

Jus. Vamos, hablad.

Silv. Yo... sí... pero...

Es mucho apurar.

Jus. Si habláis,

diez onzas os prometemos.

Silv. ¿Diez onzas?

Jus. Si no cien palos.

Silv. Pues á las onzas me atengo.

Jus. ¿Quién sois vos?

Silv. Yo no soy nadie.

Vivo... así... de lo que pesco.

Jus. ¿Y el Meliton?

Silv. No os canseis

en preguntar. Aquí todos

somos unos: el proyecto

fue engañar á vuestro amigo.

Se ha logrado: ya lo hecho

hecho se está: con que ved

cómo podeis deshacerlo.

Jus. ¿Y vos con Doña Isabel?...

Silv. La he dicho cuatro requiebros.

Ella me correspondia;

mas convino no querernos

para atrapar al señor.

La dejé, pues, y laus Deo.

Gest. Muy bien.

Silv. Ésto es natural.

Jus. ¿Y bien Don Cándido?

Cánd. ¡Cielos!

Jus. Ved el fruto que sacáis

de la amistad con perversos.

Cánd. ¡Ah! Conozco, pero tarde,

que he sido engañado; y veo

que en un abismo de males

me he precipitado ciego.

Jus. Cuanto mayor es el daño debe mas pronto el remedio aplicarse. Tened, pues, resolucion. Lo primero que hacer debeis es marcharos de esta casa: yo os ofrezco la mia.

Cánd. Pues bien, salgamos de esta casa que aborrezco.

ESCENA VII.

Dichos y DOÑA ENGRACIA, que oye al entrar las últimas palabras de Don Cándido, y se detiene á la puerta.

Eng. ¿Qué es lo que escucho? Esto es malo.

Pero ¿qué será aquel pliego que tiene en la mano? ¿Acaso el papel de casamiento que le habrá entregado ya Don Meliton? Escuchemos. *(viendo en la mano de D. Cánd. el recibo que le dió D. Gest.)*

Jus. Solo huyendo de esta casa os librareis de perversos.

Por lo que hace á ese papel guardadlo tambien; verémos qué uso se le puede dar, pues debeis tener por cierto no alcanzará Doña Engracia el logro de sus proyectos.

Eng. No hay duda, es la obligacion.

Y el mirar á Don Silverio tan triste me lo confirma.

¡Infame!

Cánd. Amigos, me entrego
á vosotros ciegamente.

Vamos, al punto marchemos

de aqui... Pero Doña Engracia. *(al volver-*

Fus. Señora, rasgóse el velo
de vuestra infame conducta.

*se vé á Doña
Eng.)*

Ya está visto que el objeto
de los obsequios y alhagos
que á Don Cándido habeis hecho
fue solamente engañar
á este jóven inesperto.

Vuestras artes han logrado
hacerle de casamiento
firmar una obligacion.

¡Medio vil y bajo! Pero
será en vano, pues saldrán
frustrados vuestros intentos.

Eng. (¡No lo dije? Ellos la tienen.)

¡Y bien, yo en eso que he hecho
mas que lo que debe hacer
una madre cuyo anhelo
es dar á su hija una buena
colocacion?

Fus. Mas los medios
de que valido os habeis
son infames.

Eng. Yo confieso

que no son tal vez los mas...
y la verdad, me avergüenzo.

Pero, señores, creedme,
yo ninguna culpa tengo.

Obra es de Don Meliton,
ese vil, cuyos consejos

he seguido... El me ha engañado
 también... A no ser por eso
 ¿cómo es posible que yo?...
 ¡Ay! ¡En mi vida! De vuestro
 enojo y del mio debe
 sobre él recaer el peso.
 El ha inventado la trama,
 por el ha tenido efecto,
 por él...

ESCENA VIII.

Dichos y DON MELITON.

Mel. ¿Y bien, Doña Engracia? *(entra precipitadamente)*
 ¡Ah! ¡ah! salud, caballeros.

Cánd. Hombre infame, falso amigo,
 ya te conozco: huye luego
 de mi presencia, ó bien teme
 mi justo resentimiento.

Mel. ¿Cómo? ¿Qué decis? Estoy
 aturdido... Yo ¿qué he hecho?

Cánd. No disimules, aleve:
 ya todo está descubierto,
 y sé que por tus intrigas
 firmé aquel papel funesto.

Mel. ¿Quién os ha dicho tal cosa?

Eng. Yo lo he dicho, yo; y lo vuelvo
 á repetir. Tú has querido
 burlarte de todos; pero
 no te saldrás con la tuya.
 Yo te arrancaré aquí mismo
 la máscara que te cubre.
 Sepan estos caballeros

que eres el ser mas dañoso
que existe en el universo.

Mel. Y vos sois de las mas viles
intrigantes el modelo.

Eng. Del señor te hiciste amigo
para estafarle el dinero.

Mel. Vos le atrajisteis aqui
para hacerle vuestro yerno.

Eng. Si tú no me aconsejaras
nunca yo pensara en ello.

Mel. ¿Yo os lo aconsejé?

Eng. Sí, tú,
tú fuisteis.

Mel. Mentís.

Eng. No miento.

Y sino, dime, no fuistes
quien me propuso primero
que de este jóven en daño
se uniesen nuestros esfuerzos.

¿De hacerle odiar sus amigos
no te encargaste? ¿No es cierto
que le llevaste á la fonda,
y qué?...

Mel. Basta, basta, veo
que habeis querido vengaros
del susto que ha poco tiempo
os he dado; pero vos
perdeis mas que yo, pues tengo,
como sabeis, en mi mano
de desquitarme los medios.

Tomad, Don Cándido, estais *(saca la obli-*
libre ya de vuestro empeño. *gacion y se*

Eng. ¿Cómo! ¿Qué papel es ese? *la entrega*

Mel. La promesa de himeneo *á D. Cánd.)*

de Don Cándido. Con ella
sabeis que me quedé.

Jus. Bueno.

Don Justo toma el papel de manos de Don Cándido, y despues de verlo lo rasga.

Eng. ¿Pues y un papel que en la mano
os he visto antes? (á D. Cánd.)

Cánd. Aquello
era el recibo que acaba
de darme Don Gestas.

Eng. ¡Cielos!
¡Ah! Pecadora de mí.
¡Qué error! Yo misma me pierdo:
me habia creído que era
la obligacion que devuelto
Don Meliton os habia.

Mel. Tal era en verdad mi intento.
Deponed, pues, el enojo,
Don Cándido; yo soy vuestro
amigo, bien lo sabeis.
Conociendo los proyectos
de esta perversa muger
he fingido entrar en ellos
solamente con el fin
de libertaros. Por eso
guardé el papel...

Cánd. ¡Ah! no pienses
que me has de engañar de nuevo.
Huye de mi vista.

Mel. ¿Es este
de mis servicios el premio?
¡O qué negra ingratitud!

Señores, la mano os beso.

(váse)

Eng. ¡Ay, hija de mis entrañas!

Ya está visto que no hay medio
de hallarte nunca un marido.

(váse)

Gest. Cómo ha de ser: yo lo siento.

Peró al fin con estas bromas
yo ya cobré mi dinero.

(váse)

Silv. Y yo voy á divertirme

refiriendo este suceso.

(váse)

ESCENA ÚLTIMA.

DON JUSTO, DON ENRIQUE, DON CÁNDIDO
y DOÑA INÉS.

Jus. ¡Qué cuatro para un presidio!

Yo voy en este momento
ante un Alcalde de Corte
á manifestar cual debo
su conducta depravada.

Cánd. Ya, amigos míos, soy vuestro
para siempre.

Inés. ¡Qué placer!

Cánd. Mañana mismo dar quiero
la mano á Inés.

Jus. No; debeis
diferir el casamiento
hasta que la reflexion
adquiera en vos mas imperio
para refrenar los vicios;
y aprended con este ejemplo
á distinguir de los falsos
los amigos verdaderos.

FIN.



IN VERITATE
LIBERTAS

UNIVERSIDAD SAN
BIBLIOT
GIL

25
(1822)

(1822)

(1822)

(1822)

... de ...
... de ...
... de ...
... de ...
... de ...

RESERVA ULTIMA

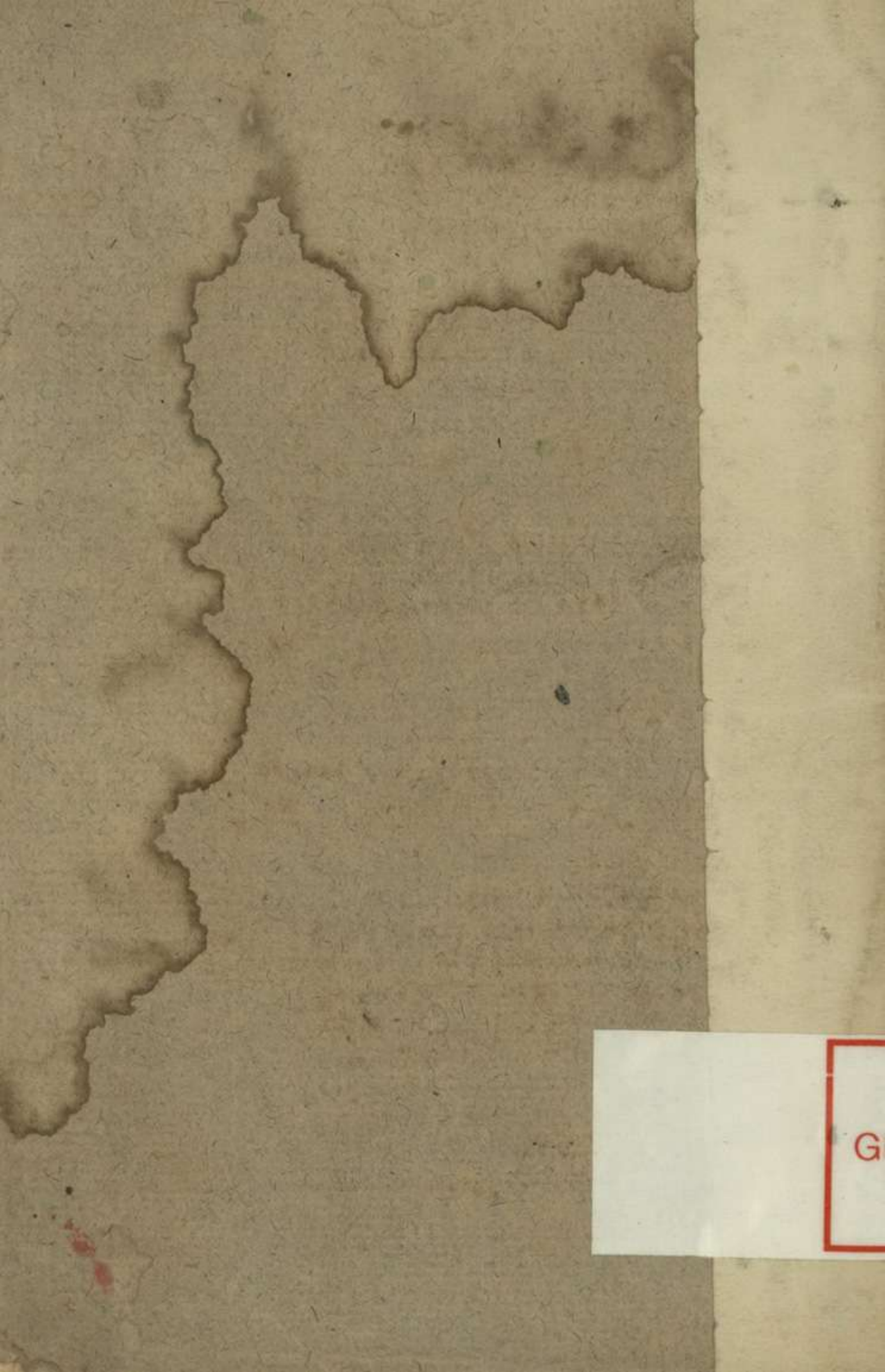
Don Juan, Don Enrique, Don ...
y Don ...

... de ...
... de ...
... de ...
... de ...
... de ...
... de ...
... de ...
... de ...
... de ...
... de ...

FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU



7023276



G